

Rubén Peretó Rivas

EL NACIMIENTO DE LA CULTURA CRISTIANA

Prólogo

Natalia Sanmartin Fenollera



ÍNDICE

Prólogo	9
Introducción	15
Casiodoro	23
San Benito	45
Alcuino de York	61
El tratado sobre la verdadera filosofía	75
La educación en la cultura cristiana	85
Cuál es el orden que se debe dar a los salmos	117
Las artes liberales	123
La liturgia y la cultura cristiana	133
San Etelberto	177
Vida del rey y mártir Etelberto de acuerdo a las crónicas de Gerardo de Gales	183
Epílogo	193

PRÓLOGO

No habrá muchos más dinosaurios

C.S. Lewis dijo una vez, durante una lección inaugural impartida en Cambridge en 1954, que las mentes contemporáneas no están preparadas ya para comprender los textos de la antigüedad. Él atribuía esa incapacidad al efecto de la educación moderna sobre el entendimiento, a la dificultad del hombre actual para desprenderse de los estrechos prejuicios de la modernidad. Lewis culpaba también a la ignorancia de las lenguas muertas, a la nula habilidad para leer con soltura y fluidez las grandes obras clásicas en la lengua en que fueron escritas. Él se consideraba a sí mismo miembro de una vieja raza casi extinta: la de los occidentales educados desde la infancia en la cultura antigua, capaces de escribir y leer sin esfuerzo latín y griego clásicos; y de hacerlo no por ser especialistas, sino por ser europeos. En aquella lección en Cambridge, hizo lo que haría un bondadoso espécimen en peligro de extinción ante un grupo de oyentes desorientados: ofrecerse como objeto de estudio. No va

a haber muchos más como yo, vino a decirles aquella tarde; no verán ustedes ya a muchos hombres educados en la vieja cultura occidental. Obsérvenme bien y aprovechen la oportunidad, les advirtió. Y finalmente espetó a bocajarro: “No habrá muchos más dinosaurios”.

Casi setenta años más tarde es evidente que no quedan dinosaurios. Hay académicos y especialistas, pero no dinosaurios auténticos, nacidos y educados en hogares de dinosaurios, hijos y nietos de saurios genuinos. Si Lewis tenía razón, y para comprender la cultura occidental, clásica y cristiana, no nos basta con leer volúmenes traducidos y anotados, ¿qué podemos hacer? Por una parte, podemos desaprender viejos hábitos, liberarnos de prejuicios arraigados, hacerlo con disciplina intelectual y mediante un profundo ejercicio de humildad. Por otra, tratar de introducir en las escuelas y los colegios, incluso en los hogares, aunque sea bajo la alfombra, el estudio de las lenguas clásicas. Y en medio de ambos, como si se tratase de un preámbulo o de un aperitivo, podemos empezar por la tarea más apasionante de todas: ir de caza. Ir en busca de dinosaurios, no de los últimos, como Lewis, sino de los primeros, como san Benito. Investigar cómo eran, cuál era su hábitat, cómo vivían, qué buscaban, qué pretendían, qué amaban y qué papel desempeñaron en el lento nacimiento de la cultura cristiana.

La razón de ser de este libro es exactamente esa: mostrarnos a grandes y escogidos dinosaurios que contribuyeron, a veces de forma pública y otras silenciosa, al nacimiento de la cultura cristiana. Ha sido escrito por un académico, y también por un buen amigo, profesor de Historia de la Filosofía Medieval en la Universidad

Nacional de Cuyo, en Mendoza, Argentina, que confiesa haber abordado la tarea sin pretensiones académicas, y ese es uno de sus mayores aciertos. Porque no se trata de un manual denso o de un ensayo científico, sino de un mapa apasionante en el que se cruzan itinerarios perfectamente trazados para viajar al mundo antiguo, a la tierra de los dinosaurios, y vislumbrar a través de la historia de un puñado de hombres, de sus obras, sus cartas y su amor por la Escritura, de visitas a viejas bibliotecas, de consultas sobre misteriosos códices y de viajes a antiguas ciudades y catedrales, cómo era aquel tiempo, cómo fueron aquellos hombres y cómo se formó aquella cultura.

Los primeros dinosaurios que encontraremos en este libro son Casiodoro, san Benito y Alcuino de York. En sus páginas nos toparemos con sabios tratados sobre la educación, como la *Disputatio de Vera Philosophia*, en la que Alcuino explica mediante el diálogo entre un maestro y su discípulo la verdadera naturaleza de la sabiduría cristiana, que puede alcanzarse a través del estudio de la Biblia y de las siete artes liberales. Nos conmovemos con la hermosa carta de Dhuoda a su joven hijo al que ilustra sobre la salmodia, sobre cómo los salmos nos acompañan en cada momento de la vida, en cada tropiezo, en cada desaliento, como una llamada eterna que nos empuja constantemente hacia Dios. Capítulo tras capítulo, conoceremos la vida del rey Etelberto de Anglia Oriental, escrita por Gerardo de Gales, y nos sumergiremos en el misterio de la liturgia, que es el corazón de la cultura cristiana, la semilla en torno a la cual Occidente creció y se multiplicó. La profunda cultura cristiana, que germinó como la palmera plantada junto

a la acequia, en la que se purificó lo viejo y de la cual bebió lo nuevo, mientras se desarrollaba en medio del jardín cerrado del que nos habla el *Cantar de los Cantares*.

John Senior defendía que la cultura cristiana es la Santa Misa y todo lo que se ha generado a su alrededor para enriquecerla y protegerla. No es una casualidad que este libro, que narra el nacimiento de esa cultura, dedique un amplio y hermoso capítulo a la liturgia. Esas páginas, mis preferidas, tocarán el corazón de todos los que aman la antigua tradición de la Iglesia y les descubrirán maravillas como el uso de Sarum, que floreció con su espléndida riqueza en Inglaterra y Escocia hasta la Reforma protestante. También abrirán un nuevo horizonte para los católicos que creen que la liturgia romana es solo un hermoso adorno, es aquello que recubre el tesoro, pero no es en sí mismo un tesoro; aquellos que consideran que lo único importante del culto es que la consagración del cuerpo y la sangre del Señor sea válida y que todo lo demás es poco más que un envoltorio. Son páginas imprescindibles para quienes no hayan descubierto aún que la manera correcta de acercarse al altar de Dios, al Dios que alegra nuestra juventud, es recordando que todos nacimos esclavos, que hemos sido comprados a precio de sangre y que ahora, como hijos, hemos de ofrecer lo mejor, lo más alto y lo más profundo a Dios.

Los dinosaurios que pueblan este libro, que forjaron durante sus vidas los cimientos de la cultura cristiana, sabían que no basta con que el culto sea válido y que la labor de la Iglesia va mucho más allá de garantizar un certificado mínimo de calidad. Sabían que desde los días antiguos en que la tierra era joven, cuando Caín y

Abel presentaban ofrendas muy distintas a su Creador, la gran pregunta que debe hacerse todo hombre es si el culto que ofrece es agradable o no a Dios.

Natalia Sanmartin Fenollera
Madrid, 19 de marzo de 2021,
en la fiesta de San José.

INTRODUCCIÓN

Si yo viera en el escaparate de una librería un libro titulado *El nacimiento de la cultura cristiana*, aun sin ojearlo, pensaría que podría ubicarse en dos columnas diferentes del catálogo bibliográfico: en la de los libros de historia de la cultura, sobre la que se han escrito muchas y excelentes obras, y están destinadas generalmente a los profesionales de la academia, o en la columna de los libros orientados a un público de lectores afectados por algún tipo de patología que provoca que sientan un continuo escozor por vivir en los tiempos que vivimos y añoran lacrimosamente tiempos pasados. No es mi intención que este libro engrose alguna de las dos columnas.

No se trata de un libro erudito, pero tampoco se trata de un libro de plañidos por la suerte que nos ha tocado ni de añoranzas por los felices tiempos pasados. Decía el cardenal Newman que no es bueno desear haber nacido en otro tiempo o lugar porque ese deseo, de algún modo, es un desafío a la Divina Providencia que quiso que nacióramos en determinadas circunstancias históricas. Los prójimos a los que tenemos que amar como a nosotros mismos son los que nos rodean, y mal

que nos pese, no son los piadosos campesinos medievales del siglo XII. Los padres o hijos que tenemos son los que Dios quiso darnos, y no san Luis de Francia o santo Dominguito del Val. Pero esto no significa que debamos aceptar todo lo que nos ocurre en el mundo contemporáneo, y mucho menos significa que debamos ignorar la sabiduría del pasado. Newman no hizo ninguna de estas cosas.

Y es por eso que en este libro intentaré ser realista, y pido a los lectores que también lo sean. No tiene sentido añorar un tiempo que nunca existió, o que, si existió, no es el nuestro. Si esa es la actitud, corremos el riesgo de inventar un pasado que no fue tal y, paralelamente, de odiar el presente en medio del cual vivimos. Y ambas actitudes son nocivas, como nocivo es también el optimismo bobo que pretende que vivimos en el mejor de los mundos y que si hay inconvenientes, éstos se solucionarán de un modo u otro. Como afirma Anthony Esolen, tanto el pesimismo como el optimismo secular son el mismo hombre, cuya diferencia no está en su mente sino en su tracto digestivo, y ninguno de los dos es hombre de esperanza.

El hombre de esperanza no es el que espera el paraíso en la tierra, aunque entienda por tal vivir en un país donde todos los hombres, empezando por sus gobernantes tanto civiles como eclesiásticos, sean virtuosos y todas sus estructuras sean cristianas. Ese deseo no está mal pero no constituye la esperanza cristiana, que radica en el deseo de ser transformado por Dios a una vida nueva, la vida que nos trajo Cristo. Es la *théosis* o divinización de la que hablaban los autores espirituales. El optimismo bobo que vemos en muchos católicos que

consideran que el mundo es bueno y que todos los hombres que lo habitan son seres de buena voluntad que sólo necesitan de nuestra comprensión y misericordia para unirse al alegre y bullicioso redil de una patria y de una iglesia inundadas de globos de colores, es la actitud propia de un cristianismo que muchas veces tiene fuertes ribetes secularistas y que, como Santiago y Juan, los Hijos del Trueno, quiere que el Señor instaure su Reino aquí y ahora.

No se trata de ser optimistas o de ser pesimistas; se trata de ser realistas. Y lo real es que vivimos en un mundo agresivamente anticristiano, pero también que somos herederos y legítimos poseedores del pasado que dio nacimiento a la cultura que forjó Occidente, y que es la cultura cristiana. Y el realista se opone al cambio por el cambio mismo, y no lo hace por un atavismo reaccionario, sino porque es realista, porque sabe que el hombre solamente puede amar aquello que permanece. Un hombre que ama verdaderamente a su esposa, no la cambia cada año. Y es por eso que, si verdaderamente amamos a Cristo y a su Iglesia, debemos ser firmes en conservar lo que permanece, y lo que permanece es lo que permaneció durante los últimos quince siglos y que los bárbaros actuales se encargaron de destruir en pocas décadas.

Este libro pretende también ser un llamamiento para volver al hogar, a prestar oídos a la nostalgia por lo que perdimos, a experimentar lo que los ingleses llaman *homesickness* y los alemanes *Heimweh*; para unos la “enfermedad del hogar” y para los otros el “dolor del hogar”. En ambos casos se trata del deseo de volver, deseo que no hay que dejar que se apague sofocado por las espumas del mundo presente. Es el mismo deseo

que impulsaba a Odiseo a retornar a Ítaca, donde lo esperaban su esposa, su hijo y, seamos justos, también su perro, que es el único que lo reconoce después de veinte años. Como señala Esolen, Odiseo bien hubiera podido quedarse en Ogigia viviendo junto a Calipso, que le había dado todo lo que necesitaba, una vida tranquila y reposada, e incluso su propio lecho, y que le prometía la inmortalidad y la juventud eterna si se quedaba con ella. Sin embargo, Odiseo prefirió continuar su viaje en busca de la perdida Ítaca y de la amada Penélope. Su “dolor por el hogar”, su nostalgia de la patria era más fuerte y más intensa que el bienestar lejos de ella.

Ciertamente, no me refiero a nostalgias por patrias ya definitivamente perdidas e irrecuperables. Se trata de la nostalgia por la patria común de todos los cristianos que, en última instancia, es el cielo pero que en nuestro mundo terrenal es la cristiandad o la cultura cristiana. Ya pasó la hora de combatir y gastar energías en recuperar una patria nacional que, aunque tuviéramos éxito, la encontraríamos totalmente baldía. El mundo arrasó con la civilización occidental. De nada vale lamentarse con plañidos por lo que se perdió; lo que hay que hacer, con vigor, empeño y decisión, es recuperar la cultura cristiana, sin gentilicios reduccionistas.

Y así como Odiseo no se contentó con *sentir* su nostalgia mientras miraba el mar con ojos tristes desde el confortable palacio de Calipso, así tampoco nosotros debemos *sentir* nostalgia por la cultura, nuestra cultura, que nos fue arrebatada, y sentarnos a llorar con un vaso de *whisky* en la mano. No. Como Odiseo, debemos volver a nuestras naves y hacernos a la mar. Debemos poner manos a la obra; debemos hacer cosas concretas para

recuperar esa cultura perdida o robada. Y no se trata de una opción más, sino que se trata de un deber ineludible. El hombre debe luchar por su hogar y, si sus enemigos lo redujeron a cenizas, es nuestro deber reconstruirlo. Las otras opciones posibles -acomodarse a los nuevos tiempos porque “el reloj no puede volver atrás”, o sentarse en una roca a contemplar llorando las ruinas de lo que alguna vez fue esplendoroso- no son válidas para el cristiano. Y lo primero que debemos hacer para reconstruir nuestro hogar es conocerlo. Si no conocemos la cultura cristiana, no la amaremos, y si no la amamos, no lucharemos para restaurarla. La naturaleza humana no cambia. Por tanto, es de prudentes volver los ojos hacia nuestros antepasados, que fueron hombres como nosotros, porque ellos —generaciones y generaciones—, experimentaron mucho más de lo que nosotros, en nuestra existencia individual, podemos experimentar.

Los libros se escriben con libros. Es este un principio que los medievales tenían presente y del que hicieron uso libremente. Y significa que un autor, para escribir su libro, “toma” de los autores que lo precedieron ideas, textos, sugerencias, soluciones a problemas, etc. Para escribir esta introducción, por ejemplo, yo he tomado ideas de John Senior y Anthony Esolen. Rábano Mauro, a quien se conoce como *Praeceptor Germaniae*, escribió durante el siglo IX una obra muy extensa que ocupa varios gruesos volúmenes. Esa obra, analizada con modernos ojos eruditos, no es más que un *collage* de textos “copiados” de san Agustín, san Ambrosio, algún Padre Oriental y algunos autores clásicos. Pero en su época, a nadie se le ocurría acusar al abad de Fulda de deshonesto; y si san Agustín o Cicerón se hubiesen

levantado de su tumba, tampoco le habrían iniciado juicio por plagio. Los Padres y los autores clásicos habían cortado y cincelado enormes y sólidos bloques de piedra sobre los que se asentaría la cultura cristiana. Rábano Mauro y sus contemporáneos tuvieron la habilidad y maestría de disponer esos bloques, tallando un poco acá y otro poco allá, de modo tal que pudieran ensamblarse. Supieron acoplar un texto de san Agustín y uno de san Hilario de Poitiers con una referencia a Séneca y, de ese modo, la teología y la visión cristiana del mundo se hacía más completa. Ellos fueron los arquitectos y artesanos que, con los bloques de piedra recibidos por la tradición, construyeron las grandes catedrales románicas de la cultura cristiana.

Plagiar es un acto moralmente malo y recibe esta calificación porque la intención del que lo comete es apropiarse de lo que no es suyo; de hacer pasar como propio lo que es de otro; plagiar es mentir y es robar. No fue este el caso de los medievales. Su intención no era robar sino distribuir a los demás lo que ellos habían recibido; era compartir y era construir, y se consideraban a sí mismos meros transmisores de una Verdad que no les pertenecía. En el mundo académico actual, muchas veces la intención del erudito es construir su propia carrera para cosechar publicaciones, aplausos, invitaciones y viajes gratis alrededor del mundo. Se ha desentendido completamente de la verdad y se dedica a asestar pequeños golpes a esos mismos bloques de piedra para obtener pequeños guijarros, a los cuales unta con la argamasa que extrae de un enorme pote de citas y referencias, y construye con ellos una pequeña chabola en la que él, y sólo él, pueda acomodarse. Para ellos,

entonces, la actitud de los maestros de la Alta Edad Media era simplemente un plagio llevado a cabo por personajes periféricos de módicas capacidades intelectuales. Y en el mundo egoísta de la academia actual, ciertamente tienen razón.

Este libro está escrito con un espíritu medieval y no está destinado a conseguir mérito académico alguno, aunque ha sido escrito por un académico. Es un libro construido con bloques de piedra grandes y pequeños que he ido recolectando a lo largo de muchos años y de muchas lecturas. En ocasiones, puedo identificar perfectamente el lugar de procedencia de un tomo, y otras veces no. Los peñascos se han amontonado en mi memoria y solamente sé que no son míos sino de otros; que pertenecen al tesoro inconmensurable que recibí y que debo transmitir. Los tomaré uno a uno, los cincelaré y buscaré edificar con ellos, si no una catedral románica, al menos una pequeña ermita en la que algunos hermanos, a quienes seguramente no conoceré en esta vida, puedan recogerse mientras dura el vendaval.

Escribía san Agustín en el libro V de sus *Confesiones* en referencia a los eruditos de la secta maniquea: “Porque es mejor el que sabe que posee un árbol y te agradece su uso, aunque no sepa cuántos codos tiene el árbol de alto o cuántos de ancho, que el que lo mide y cuenta todas sus ramas, pero no lo posee y no conoce a su creador, no lo ama”. Se trata de conocer al árbol y, en él y a través de él, al Creador de todas las cosas para que, conociéndolo, podamos amarlo. Los académicos contemporáneos con frecuencia se entretienen durante años en el estudio de una rama de ese árbol, o de una hoja, o de una nervadura, y pierden de vista y se olvidan

del mismo árbol. Yo trataré de describir el árbol y, para hacerlo, describiré también las ramas, las hojas y las nervaduras, pero sin olvidar el conjunto.

No se encontrarán en estas páginas detalles eruditos ni referencias históricas concretas. Se encontrará, así lo espero, el relato de lo que fue el mundo que perdimos y que añoramos restaurar. Porque no es una actitud equivocada ser “restauracionistas” como tampoco lo es ser “reaccionarios”. Ambas son las actitudes de los que no nos resignamos a que lo que ya pasó —y me refiero a la cultura cristiana—, no pueda volver. Pero su regreso será posible si la conocemos, si la amamos y si nos embarcamos en su reconquista.